

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

GLORIAS DEL PUEBLO

Ó EL HOMBRE CUREÑA



MAUCCI HOS MEXICO

*** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ***
Ultima serie.—Epoca Moderna

GLORIAS DEL PUEBLO

ó

EL HOMBRE CUREÑA

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1900

GLORIAS DEL PUEBLO

EL HOMBRE GUERRA

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.





GLORIAS DEL PUEBLO



¿Queréis saber porqué hubo tanto heroísmo en las huestes que mucho tiempo combatieron contra los enemigos de la patria?

¡Sabed, amigos míos, que la idea del amor a la patria hacía prodigios y que brotaban heroes por doquier!...

Voy a referiros un episodio terrífico de la guerra de la Independencia nacional... Ya vereis.

cuantas maravillas de heroicidad hicieron de un grupo de soldados una legión de héroes y semi-dioses.

*
* *

Los insurgentes del caudillo Rayón, formados en una *guerrilla*, se amontonaban muertos de hambre y de sed allá en un tristísimo campamento que se llamaba de «*Las Animas*».

¡Que tremendo espectáculo!... cuantos días de batallas, combates, marchas y contramarchas por entre las agrias serranías que se dilatan abruptas entre Zacatecas y el Saltillo...

Tristísimo cementerio semejaba aquella vez el campamento de las Animas y sobre aquel campo de muerte los guerrilleros que amaban la causa liberal, la de la libertad, alentados por las heroicidades de Rayón y de Ponce, no parecían dormir, sino que tendidos á lo largo, tenían sombrías actitudes de cadáveres...

La noche envolvía á aquellos hombres en grandes sábanas negras y sueños de pesadillas, aves agoreras de la catástrofe batían sus alas sobre las frentes de los que iban á combatir bien pronto,

Frente á la enorme sombra de la casa de la

hacienda de San Eustaquio hay cien hombres montados sobre cien caballos... ¡Es la gente del capitán Castaños, después de la espantosa escena del *Voladero*, unido al valiente *Jefe* con el mismo coronel Garduño!..-este coronel fué quien hizo prodigios en esta guerra de Zacotecas...



Mas... ¿qué es lo que pide antes del combate esta multitud de héroes del interior de lo que aun no podía llamarse República mexicana?...

¿Qué es lo que pasa con esas muchedumbres de bravos soldados que gritan aclamando la gloria de su nación, llenos de un grandioso fervor?

¿Qué pasa? ¿Que quicren esas muchedumbres?...

¡El combate continúa cada vez más y más intenso y por todas partes rugen las metrallicas y más y más relámpagos!...

¡Que espantable escena aquella en la que no había sino horror y desesperación!

* * *

¡Agua!... ¡Agua!... tal era el grito de los guerrilleros de Ponce... ¡necesitaban obtener agua porque la sed, amigos míos, es una de las más horrendas catástrofes que pueden recibir los hombres que van a combatir!

¡Ah la Sed o la abominable sed es cien millones de veces mas espantosa que el hambre!... ¡Oh, sí, mucho más estrotra y abominable!...

¡La sed es como un engendro de los mismos infiernos y de esa ansia que se llama la sed, se alientan los estertores de todos los que hubieran querido ver como se hundian para siempre los cuerpos de los hombres más queridos!

.

¡Sed! ¡Sed!... ¡Beber!... ¡Beber!... !Oh, ese crispamiento de los séres que tienen la fiebre de esa angustia es la causa de muchos heroismos y de que se emprendieran grandes y atroces batallas!... ¡Oh, la Sed!...

Comprendedlo bien, buenos amiguitos míos, el hambre es sin igualmente siniestro... ¡pero la sed!... ¡Ah, la sed!

¡La sed, es el infierno en vida, la sed es una agonía que puede prolongarse convirtiendo en tigres, panteras, gatos y leones á los infelices que se ven acometidos por ese mal!

¡No, no, amiguitos míos; no, jamás debéis sentir ese horror, jamás debéis estremeceros con esas sensaciones espantosas... oh, no, jamás vayáis á experimentar ese caos!...

¡Maldecid, maldecid, maldecid cien mil veces al hombre que pudo lograr cuartelar el lienzo magno de los reyes de Castilla... Tomó la ciudad de Tenochtitlán por hambre!

¡Se necesita muchos escuadrones y en ellos deben venir los hijos del patriotismo para extinguir el cuadro de lo culminante!...

El objeto que llevaba el capitán Castaños sobre el recinto petrificado de la hacienda de San Eustaquio, era poder entrar á sus patios para sacar agua, el agua que tanto necesitaban las tropas de la libertad...



¡Ah, entrar... conseguir forzar los paredones de la hacienda, llegar al interior con todas las fuerzas, y mientras llegaban los refuerzos del enemigo cargar «tinajas, jarrones, ánforas, jícaras,

jarros, damajuanas, jarrones y vegigas y tripas con agua las llenaban.

¡Que alegría, que fruición el haber podido conseguir una poca de agua!

¡Cada gota valía un tesoro!

¡Ah, cada ínfima molécula de frescura líquida era para las sedientas huestes que venían sudorosas, jadeantes, polvorosas y aniquiladas, sin ánimo, sin vida impulsadas por la sola impulsión de una sed infernal!...

¡Pobres y tristes tropas que llegasteis hasta llegar en el mismo punto, pobres y tristes tropas, que pronto debíais saber todo el gran infortunio de muchas desgracias!...

¿Qué pasó luego?... Tras el combate que libraron las tropas mexicanas, mandadas muy hábilmente, se pudo obtener, como ya lo habíamos dicho, la entrada á la hacienda de San Eustaquio.

— ¡A los patios!... ¡A los pozos!... ¡A las pilas!... Allá al patio... Allá á los portales... ¡al agua!... ¡al agua!... ¡al agua!...

¿Qué sería de todos los pobres inundados mexicanos ya que los que se salvaban en otras eminencias no podían sufrir tanto? ¿qué sería de la contienda entre nosotros?...

Pero de repente cuando una multitud de guerrilleros, pobres mujeres, de esos valientes que seguían á nuestros antiguos soldados en todos los combates y marchas y aun en los mismos desastres de sus escaramuzas... en medio del fragor de las detonaciones, allá en un patio... aquel mismo patio se vió inundado de nuevo... y una tempestad, un huracán de balas, derribó y anonadó á muchas glorias nacionales... ¡Los que intentaron ir por agua, tuvieron que regresar barridos y diezmados por un formidable ataque de muerte, por un colosal estampido de descargas enormes en las que vibraron todos los ecos de las montañas, según la nota de la hora del día!...

¡Bien por los bravos hijos de la Libertad; bien por los que ansían á los buenos la época gloriosa de su gran albor!...

¡Bien por los que aman todo lo que brilla!...

¡Oh, figurate, figurate no más que pudieras comprender que de un solo paso por ese mar de dificultades y olas de piedra y fuego, se llegara hasta obtener el agua fresca y bendecida que va á dar la salud á las tropas, infundiéndolas de nuevo el santo amor á la libertad y al honor!... ¡Oh, sí, figurate amiguito mío, cuantas glorias obtenidas por el solo esfuerzo de los que lograron penetrar dentro de San Eustaquio!



Al día siguiente se supo que dentro de la parte central de lo que se llama casco de la *hacienda* estaba el pozo inagotable.

¡Era preciso llegar hasta allí!

Se necesitaba apoderarse de aquel pozo para que toda la expedición tuviera agua... ¿cómo conseguir aquello?...

Porque las tropas enemigas, las que mandaban los que odiaban la santa causa de la libertad, estaban fortificados en el mismo centro de la hacienda... ¿Qué hacer?...

¿Otro nuevo ataque?... ¿El bravo caudillo á quien el Gobierno mexicano encomendaba sus mejores tropas se expondría á morir hecho pedazos, negro y miserable con su uniforme se entregaría á las vicisitudes de una lucha sangrienta... y todo por falta de agua?...

¡Maldición!... ¡Maldición!... Así rugió el capitán de los cuerpos liberales...

Mientras así reflexionaba, gritó un sargento.

— ¡Mi capitán haremos fuego contra las paredes de la hacienda; las echamos abajo y entramos al patio donde están los mejores pozos con agual! Así dijo un gallardo y alto sargento, cubierto su pecho

con un chaquetín... ¡Miles de cicatrices atestiguan-
ban huellas de antiguas heridas!...

—¡Pero necesitamos un cañón para echar á ro-
dar esas paredes—gritó el capitán!



— El cañón allí está... es muy grande y muy
bueno... y con esas balas que allí olvidaron!

...¡Que el Señor nos ayude!...

—Al decir esto se vió entre las malezas un lar-
go cañón abandonado cerca de un montón de mu-
niciones y entre ellas pedazos de cureñal

¡El cañón sin cureña no servía para nada!... Al contrario, servía de estorbo...

¡Pero el magnífico sargento que tenía fuerza de gigante, espaldas do coloso y ánimo de adalid, dispuesto para salvar á sus compañeros de la sed que les enloquecía, ejecutó, amigos míos, el acto más sublime de un ser humano: «¡morir por los otros!»

Para penetrar al interior de la hacienda de San Eustaquio, con el objeto de que se llegara al pozo que era la fuente más abundante donde las cansadas tropas saciaran su sed y pudieran continuar llenando sus vasijas, sus tinajas, cántaros, porrones, platos, ollas, cazuelas y jicaras y juages, era preciso derribar el gran muro.

¿Cómo hacerlo?

Sólo con el gran cañón... Mas... ¿dónde se encontraría la cureña?

¿Dónde hallar una fuerte cureña á propósito para resistir sin hacerse pedazos los golpes del retroceso atroz del cañón después de cada disparo?...

— ¡Una cureña!... ¡Una cureña! gritaba loco de desesperación el capitán comprendiendo que no se podría llegar hasta la hacienda sino se echaba á tierra su patio fortificado.

¡Pero si algunos patriotas quisieran atacar no

lo lograrían porque de nuevo y por otros rumbos habian llegado refuerzos!... ¡Ah! pero si se aprovechara aquel cañón... ¡Inútil tarea!... ¿Quién podría utilizar aquel monstruo de bronce?...

— ¡Yo, mi capitán, yo serviré de cureña!...

Así gritó aquel sargento cuando todos los mexicanos comprendieron que la salvación que era el agua, podría tenerse por el heroismo de un valiente...

*
* *

— ¡Echemelo usted en el lomo! gritó el buen sargento, mientras una granizada de balas caía sobre el lugar en que se encontraban nuestros valientes...

¡El mismo sargento iba á servir de cureña!

— ¡Traigan lazos!... ¡Amarrenlo!...

— ¡Cuidado!... ¡Cuidado, muchachitos!

— ¡Vamos á apuntar! gritó el capitán.

Y amarraron con cuerdas, cordeles, lazos y miles de cordones el inmenso cañón á la espalda de aquel pobre, de aquel sargento que parecía desmayarse bajo el peso de aquel monstruo... ¿Qué no sentiría cuando se lanzaron las primeras bombas?...

Horror... El capitán apuntó y sus tiros fueron a derribar las tapias de la hacienda...

— ¡Triunfamos, triunfamos!

— ¡Diana, Diana!

— ¡Adelante... Adelante!

— ¡Viva México... Viva la patria!

Así gritaban todos hasta que por fin se vió rodar al pobre sargento que había servido de cureña, rotos los pulmones, con la espina dorsal troncada, escupiendo una sangre negra y espantosa, derribado de muerte, para no levantarse nunca... Qué valiente, que bravo, que sublime fué aquel sargento que pudo seguir hacia la gloria...

Después de que hicieron fuego preguntó á un jefe...

— ¿Ya dió en el blanco?

— ¡Dió en el blanco!... ¡Otro!

— ¡Bendito sea Nuestro Señor... apunten bien, mis jefecitos porque esto no me durará mucho!...

Apretaron en efecto... el pobre sargento se quejó casi sin conciencia... apuntaron de nuevo... oyóse una gran explosión... y volaron las granadas, volaron mientras que también había una madre, muchas huérfanas que oraban á Dios.

Al tercer disparo del cañón que tenía una cureña humana, el patio del agua quedó libre y todos en una desbandada se precipitaron hacia las fuen-

tes, de donde huyeron los defensores, ganando hacia las cuevas y remolinos...

La tropa bebió y llevó de beber y de comer á las demás tropas que iban á combatir por la libertad, gracias al heroísmo y al sacrificio sublime de aquel sargento que ahora se llama en nuestra historia «El sargento Cureña».

Nunca olvidéis, amigos lectores, el nombre de este valiente entre los más audaces y los más intrépidos... jamás dejaréis de consagrar un buen saludo hacia los ausentes... recordando que si tenemos algo de infima gloria por tantos episodios, lo debemos á esas heroicas víctimas del deber.

Grabad en el santuario de vuestro corazón de patriota mexicano el recuerdo épico del «Sargento Cureña».

¡Es la representación, es el símbolo del heroísmo del soldado mexicano!

FIN